

SI ERES LÍDER, CUENTA TU HISTORIA

FRANCESC-MARC ÀLVARO

LA VANGUARDIA, 17.12.07

Diversas personalidades, agrupadas en la Societat Econòmica Barcelonesa d' Amics del País, dieron a conocer el sábado un manifiesto contra el derrotismo y a favor de una reacción colectiva contra el desconcierto en la sociedad catalana. Se trata de hacer frente con garantías a los retos que Catalunya debe encarar. Entre otros mensajes, esta entidad destaca la necesidad de "liderazgos políticos fuertes que aglutinen y generen ambición, ilusión y confianza". En los últimos tiempos, desde diversos ámbitos, se reclaman líderes para sacar el país del atolladero, para levantar el ánimo y para transformar con inteligencia lo que son turbulencias desarticuladas frente a los problemas.

Ya hemos escrito en estas páginas que Catalunya busca un relato nuevo para saber adónde hay que ir, evitando a la vez la anestesia y la frustración, el precipicio y el conformismo. No hay relato sin líderes ni líderes sin relato. Además, la jubilación de personajes como Jordi Pujol y Pasqual Maragall, cada uno en su estilo y especialidad, ha generado una sensación de orfandad más cierta de lo que todos queremos reconocer públicamente y de lo que sería deseable, incluso entre aquellos que siempre fueron contrarios a Pujol o Maragall. Diré más: sobre todo, entre aquellos que fueron sus más feroces críticos. La Catalunya de la transición fue un mundo de liderazgos exagerados y no ha sido clausurado definitivamente hasta ahora. A diferencia de lo que ocurrió en Madrid en 1996 con la llegada de Aznar a la Moncloa, los catalanes no hemos cambiado de generación dirigente hasta hace cuatro días y, además, en medio de grandes líos y polémicas.

El liderazgo es un asunto de moda, no sólo en las escuelas de negocios o en las librerías de temática esotérica. El viernes, La Vanguardia dedicaba unas

interesantes páginas a la cuestión. Hay cientos de gurús que ofrecen el manual del líder perfecto, siempre amoldable a las etiquetas de lo que se lleva. Lo que olvidan muchos expertos en liderazgo es que el líder político, a diferencia del dirigente empresarial, además de pilotar la nave, está obligado a construir una buena historia que incluya a todos. Volvemos a lo que hemos apuntado antes: no hay liderazgo político sin relato, y un relato es algo más que un mero proyecto. Cuando un proyecto incide en la vida de las personas, y les interpela intensamente, y les mueve a actuar más allá de sus estrictos intereses inmediatos, es que estamos ante el relato de un líder. Para que un proyecto tenga la entidad de un relato colectivo debe ser a la vez ambicioso y creíble y debe transmitir la sensación de que es algo abierto a la aportación de cada individuo. No hace falta citar otra vez la nueva frontera de Kennedy o la perestroika de Gorbachov. Más cerca de nuestra experiencia tenemos el cambio de Felipe González, el fer país de Jordi Pujol o la Barcelona del 92 de Pasqual Maragall.

¿Qué es primero, el huevo o la gallina? Tal vez no vemos todavía un relato lo bastante atractivo porque el líder no acaba de aflorar, o bien sucede que el líder llamado a grandes tareas está bloqueado porque no ha dado con una idea-fuerza sobre la que asentar su gran historia. Me sorprende que un concepto como la autenticidad esté tan poco presente en las tablas de méritos de un líder que merezca tal nombre. Lo explica muy bien Barack Obama, el senador demócrata que aspira a ser elegido candidato de su partido a la presidencia de Estados Unidos. En su libro *La audacia de la esperanza*, define la autenticidad como "la capacidad de ser quienes dicen ser, de poseer una sinceridad que vaya más allá de las palabras". Obama cuenta el caso de un desaparecido senador amigo suyo, Paul Simon, capaz de obtener el apoyo de mucha gente alejada de sus premisas progresistas: "Le ayudó que su apariencia inspiraba confianza, pues parecía un doctor de familia con sus gafas y su pajarita y su cara de perrito inofensivo. Pero además la gente percibía que era un hombre que vivía según le dictaban sus valores, que era honesto, que defendía aquello en lo que creía y, quizá lo más importante de todo,

que se preocupaba por ellos y por lo que les sucedía". Ya ven, no hace falta recurrir a sofisticadas teorías, la experiencia es muy ilustrativa. La autenticidad es condición indispensable para ascender al pedestal y ser reconocido por los demás como director de orquesta. La autoridad del líder se basa en esta autenticidad que, a su vez, conecta con la credibilidad de su relato. La fuerza de González era que transmitía verdad cuando hablaba de cambiar España, la fuerza de Pujol era que transmitía verdad cuando hablaba de la defensa de los intereses de Catalunya, la fuerza de Maragall era que transmitía verdad cuando hablaba de convertir Barcelona en algo más grande que una capital. Por eso es básico que los líderes políticos den ejemplo y que la distancia entre lo que propugnan públicamente y lo que viven en privado sea lo más corta posible. La fractura entre hechos y palabras es el descrédito total.

Interpreto que cuando, hoy en Catalunya, se demandan reiteradamente "liderazgos políticos fuertes" lo que en realidad se pide es que alguien se arriesgue a ofrecer un nuevo relato. Una gran historia, capaz de interesar y mover a mucha gente, que incluya el saber avanzar al futuro, para señalar con coraje el mejor camino que seguir. O el menos malo, pues de eso va la política.